



SÓCRATES

Por Marcelo Barabino

Muchos hemos leído u oído decir que “toda la filosofía a lo largo de la historia no es sino una serie de notas a pie de página de las obras de Platón”. Ahora bien, si esto es así, no sólo debemos interesarnos por Platón y sus enseñanzas, sus diálogos, sino que también, el hablar de Platón nos remite inmediatamente a plantearnos ¿quién fue su maestro?, o al menos, una de sus más fuertes influencias... Y allí nos encontramos con este enigmático personaje: Sócrates.

¿Qué tiene él de particular? ¿Por qué pasados mas de 2500 años de historia sigue estando presente un hombre que decía “sólo sé que no sé nada”, y que nada escribió?

Vamos a tratar de dilucidar el enigma. Por un lado la filosofía es y ha sido un saber que se ha quedado encerrado en los libros, es un tipo de conocimiento lleno de complejidades y de juegos intelectuales infinitos, donde la pelea entre los sistemas filosóficos ha estado siempre presente. Y este Maestro que nos ocupa hoy, por un lado nada escribió, su filosofía no era algo, para él, que se debiera quedar en los libros, sino todo lo con-

trario: la filosofía se daba en el diálogo abierto entre dos personas que se encuentran para ponerse en la búsqueda de la Verdad, sin miedos. La filosofía, para Sócrates, era la vida misma y el desenvolvimiento en el encuentro con sus pares. Con esto queda dicho algo sobre esa idea de la filosofía o sabiduría encerrada en los libros y su forma de hacer filosofía.

Por otro lado, la filosofía se ha llenado de hombres divorciados de la vida, de hombres que hablan muy bien, pero viven mal. Encontramos en Sócrates una unidad de vida-pensamiento. Nos conmueve ver un hombre que levanta una copa llena de cicuta y mira la muerte sonriendo, sin miedo. Recordemos que su enseñanza era: el alma es inmortal, y fiel a su idea, por amor a ella, “muere”. Nos conmueve este acto, y nos preguntamos: ¿Estaba loco? ¿Qué le hace levantar esa copa y beberla feliz? Y por otro lado, toda la sabiduría de Sócrates se asienta en una famosa frase: “sólo se que no se nada”.

...sólo se que no sé nada...

¡Qué maravillosa frase que contiene la más grande de las verdades: nada sé!

Hubo una vez un maravilloso poeta que muy parecido en el decir a Sócrates decía:

“¿Qué es esto?, me dijo un niño mostrándome un puñado de hierba.

¿Qué podía yo responderle?

Yo no sé lo que es la hierba tampoco.

Tal vez es la bandera de mi amor, tejida con la sustancia verde de la esperanza.

Tal vez es el pañuelo de Dios...

Aguarda un momento, no rompas el papel, no me tires a la basura, ya sé que estás pensando que si un niño te trae un puñado de hierba y te pregunta qué es eso, obviamente, dirás: “¡pasto!”, “¡hierba!” ¿Qué otra cosa si no?...

Te pido que me acompañes unas pocas líneas más.

Cuando Sócrates o Whitman nos dicen “no sé”, tal vez, ¿no nos están advirtiéndolo de presuponer de cierta dudosa sabiduría? Si yo digo que eso que un niño me acerca en sus manos es “pasto”, acaso ¿no estoy encerrando todo el ser de ese universo vegetal en una mera enunciación de mi boca, en un balbuceo de sonidos? Conocer con la mente, no es conocer nada, es decir, no es verdadero conocimiento, el verdadero conocimiento posee nuestra vida de modo total, y el hombre está entero cuando ama al conocer o conoce al amar.

A veces todo este mundo circundante termina siendo un universo clasificado, nombrado, pero desconocido, un mero balbuceo de la boca, sin la magia del sentimiento. Esto bien lo sabía Sócrates...

Hemos enunciado algunas características esenciales de Sócrates. La filosofía, o sea ese Amor a la Sabiduría, se da en el

encuentro de las almas que juntas buscan la verdad. Por otro lado, la filosofía debe transparentarse en nuestra vida y por otro lado quitemos todo prejuicio y libres como niños acerquémonos a conocer, partiendo de la inocencia: nada se.

Aun no hemos hablado de Sócrates como “el hombre que sabía demasiado”, dejemos eso para mas adelante.

Algo sobre su vida

Nació en el año 470 ac, hijo de Sofronisco, escultor, y de Fenareta, partera, de quien decía que había aprendido el arte de obstétrico de dar a luz a las almas. Habiendo abandonado el arte de su padre, se entregó de lleno a la misión de despertar y educar las conciencias. Nada escribió: *“pues la escritura,... si la interrogas, calla majestuosamente, y así sucede con los discursos escritos”*. Por eso su pensamiento tiene que ser reconstruido sobre los testimonios (no siempre concordantes) de Jenofonte (especialmente en las Memorables o Recuerdos de Sócrates), de Platón, que erigió al maestro un monumento impecadero en sus diálogos, y de Aristóteles,

En el 399 ac, su actividad y su vida fueron tronchadas por la condena a muerte, por la acusación de corrupción de los jóvenes en contra de la religión y las leyes patrias. Pero la misma acusación de introducir nuevas divinidades, era un documento del carácter profundamente religioso de su enseñanza, y lo

confirman la presencia de los pitagóricos entre sus discípulos y el misticismo de Platón. El reconocimiento de una profunda religiosidad, hace posible una mejor comprensión del pensamiento y de la acción histórica de Sócrates.

Su misión y la misión de la filosofía para Sócrates

“Si aun me dijéseis: ‘¡oh Sócrates!, no consentimos en lo que quiere Anito, y te dejamos en libertad, pero con la condición de que no emplees más tu tiempo en hacer esas investigaciones y que no filosofes más; de lo contrario, si te sorprendemos nuevamente, morirás’; si, como digo, me dejaseis en libertad, pero de acuerdo a ese pacto, yo os diría: ‘mis queridos atenienses, os saludo, pero obedeceré más bien a Dios, que no a vosotros, y hasta que yo tenga aliento y fuerzas, no dejaré de filosofar y de haceros advertencias y daros consejos, a vosotros y a quien se llegue hasta mí, diciéndole como me es habitual ya: ¡Oh, hombre óptimo!... ¿no te da vergüenza de preocuparte de tus riquezas con el fin de que se multipliquen hasta lo que sea posible, y de la reputación y el honor, y no cuidar y tener solicitud de la sabiduría, de la verdad y del alma, con el objeto de que llegue a ser tan buena como es posible?’ Y si alguno de vosotros me responde que él se preocupa de ello, no lo dejaré en seguida; no lo abandonaré, sino que lo interrogaré, lo examinaré y escutaré. Y si me parece que no

posee la virtud, aunque él lo afirma, lo reprenderé, pues considera vil lo que es valiosísimo y le atribuye valor a lo que es sumamente vil. Y esto lo hago con jóvenes y viejos, y en cualquier parte que me encuentre, con forasteros y ciudadanos...

Pues, sabedlo, esto me lo ordena Dios; yo creo que la ciudad no tiene ningún bien mayor que este servicio que yo presto al Dios, este, mi constante andar acá y allá no haciendo otra cosa sino confortaros, a jóvenes y a viejos, a no preocuparse por el cuerpo ni por la riqueza, ni antes ni con mayor celo que el que tenéis para el alma, para que ella mejore en lo posible; diciendo que a los ciudadanos y a la ciudad la virtud no proviene de la riqueza, pero sí la riqueza y todo otro bien de la virtud. Y agregaré: atenienses... aunque me absolváis o no me absolváis, yo no haré otra cosa distinta, ni aun en el caso de que tuviese que morir muchas veces” (Platón, Apología, XVII, 29-30).

Por este, su concepto de la filosofía y de la enseñanza como misión sagrada, que debe ser cumplida aun al precio de la vida, Sócrates se opone a los sofistas, para quienes la actividad educativa es un arte y una función utilitaria o profesional. Así, pues, Sócrates retorna a su tradición, en lo que se refiere al valor religioso atribuido al culto de la ciencia, considerado como iniciación a cosas sagradas y purificación espiritual.

Lo fundamental a ser conocido

“Díme, Eutidemo, ¿has estado alguna vez en Delfos? —En dos ocasiones—. ¿Has notado, en no sé qué parte del templo, la inscripción: conócete a ti mismo? —Yo sí. —Ahora bien, ¿no has prestado ninguna atención a esa inscripción, o bien la has grabado en tu mente y te has vuelto hacia ti mismo para examinar lo que eres?... —En verdad, no me he preocupado en absoluto, pues creía saberlo perfectamente, y apenas si podría conocer otra cosa, si no me conociera a mí mismo—. Pero de estos dos, ¿quién te parece que se conoce a sí mismo: el que sólo sabe su propio nombre, o aquél que se ha examinado como examina a un caballo quien desea comprarlo. . . , o sea que se ha examinado en qué condiciones se halla con respecto al oficio al que está destinado el hombre, y que ha conocido sus propias fuerzas”? (Jenofonte, Memorab., IV, 2).

La vida sin examen es indigna de un hombre

— No (podría) consentir nunca que un hombre, que no tiene conocimiento de sí mismo, pudiera ser sabio. Pues hasta llegaría a afirmar que precisamente en esto consiste la sabiduría, en el conocerse a sí mismo, y estoy conforme con aquél que en Delfos escribió la famosa frase (PLAT., Carmides, 164).

¿Qué, pues? ¿Podremos saber nunca cuál es el arte que convierte a cada uno en mejor, mientras ignoremos qué es lo

que somos nosotros mismos? —Imposible—. . . Entonces, hasta que no nos conozcamos a nosotros mismos y no seamos sabios, ¿podremos saber jamás qué es lo bueno que nos pertenece y qué lo malo? (Platón., Alcib. prim., 128 y 133).

Así nos dice Sócrates que la condición de la sabiduría nos es un conocimiento ajeno a nosotros sino todo lo contrario: el “conócete a ti mismo es la condición de la sabiduría y el camino de la virtud.

La fuerza de la poesía de nuestra Madre nos ayudará a instalar en nosotros esta certeza:

DESEA ÚNICAMENTE LO QUE ESTÁ EN TI

*No, no busques Hermano develar los enigmas
en mil libros sesudos: que sea tu consigna
resolver el misterio del Ser que mora en ti.
Tu recóndita Esencia sabe todas las cosas,
el por qué de la espina, y el por qué de la rosa
itodo , todo lo entiende del comienzo hasta el fin!*

*¡No hay un Templo en la Tierra, ni los templos cristianos
ni los templos budistas, ni los otros paganos
que con sus ceremonias pueden darte la Fe
que persigues, tú solo, tú eres credo y rosario,
en ti duermen las claras sentencias de los sabios,*

en ti mora el Vigía que al Dios Único ve!

Repetimos entonces:

“ . . . Conocer el alma, pues, nos ordena, quien nos ordena: conócete a ti mismo”.

¿Cómo podremos conocerla del modo más claro?..., “si quiere conocerse a sí misma, ¿no necesita, quizá, que mire en un alma, y sobre todo en aquella parte de ella en la que reside la virtud del alma, la sabiduría? Y quien mire en ella y conozca todo su ser divino, podrá conocerse a sí mismo, sobre todo, de esta manera” (Platón, Alcib. primero, 1, 129, 130, 132-3).

Nos dice Sócrates: “que mire en un alma”. ¿Qué alma será en la que debemos posar la mirada, sino en la de aquel que me muestra en forma visible y palpable lo que es la virtud y en la cual resplandezca su ser divino?, o sea, será mirar en el Alma del Maestro.

Queda claro hasta aquí que Sócrates nos pone en claro el camino para despertar el hombre verdadero. Indudablemente sabía demasiado, pero aún hay más.

Luego de volvernos hacia nosotros, darnos cuenta que nada sabemos:

—“Querefonte (vosotros lo conocéis)... habiendo ido en una ocasión a Delfos, osó interrogar al oráculo... si había alguien más sabio que yo. Respondió la Pitia: ninguno... Entonces,

oyendo tales palabras, pensé: ¿Qué es lo que dice el Dios? ¿Qué se oculta en sus palabras?; porque yo no tengo conciencia, ni mucha ni poca, de ser sabio. ¿Qué dice, entonces, afirmando que soy sapientísimo? Y durante mucho tiempo permanecí dudando de lo que Él quisiese decir. Después, fatigosamente, comencé a investigar de la manera siguiente. Fui a visitar a uno de aquellos que parecen sabios, y me dije a mí mismo: Ahora, desmentiré el vaticinio, y demostraré al oráculo que éste es más sabio que yo: y tú en cambio, dijiste que soy yo (más sabio). Y he aquí lo que me sucedió. Habiéndome puesto a conversar con él, me pareció que este hombre, aunque bien parecía sabio a muchos otros hombres, y especialmente a él mismo, pero que en realidad no lo era. Y traté de demostrárselo: tú crees ser sabio, pero no lo eres. . . Habiéndome ido, comencé a razonar, y me dije así: yo soy más sabio que este hombre, pues, por lo que me parece, ninguno de nosotros dos sabe nada bueno ni bello, pero éste cree saber, y no sabe; yo no sé, pero tampoco creo saber. Y parece que por esta pequeñez soy más sabio yo, pues no creo saber lo que no sé” (Platón, Apol., V-VI).

“Me parece ver una especie más grande y peligrosa y bien definida de la ignorancia, que tiene (por sí sola) un peso igual al de todas las otras partes de ella. —¿Cuál?— Aquélla que no sabe y cree saber, pues a causa de ésta, corremos el riesgo de

que nos sucedan a todos nosotros los despropósitos que cometemos con la inteligencia” (Platón. Sofista, 229).

El conocimiento de la propia ignorancia no es, para Sócrates, la conclusión final del filosofar, sino su momento inicial y preparatorio. Para dar este conocimiento, emplea, justamente, la refutación, que purga y libera el espíritu de los errores: después de lo cual el espíritu se encuentra dispuesto a engendrar la verdad, estimulado por la mayéutica, ese maravilloso arte de dar a luz

La refutación es su pedagogía y operatoria

Sócrates obra de la siguiente manera: la de no responder él mismo, y en cambio, cuando otro responde, tomar su discurso y refutarlo... He aquí la sabiduría de Sócrates (Platón., Republ., lib. I, XI-XII, 337-38).

La función de la refutación es la de la liberación del espíritu del error. Así como los médicos ordenan purgar el cuerpo, cuando se encuentra malo, para poder verse beneficiado con los alimentos que se ingieren, de la misma manera el alma no podrá beneficiarse con la enseñanza si dentro de nosotros hay un acumulado de opiniones que nos impidan ver con claridad, y así poder beneficiarnos con la enseñanza.

Sócrates finge ser capaz únicamente de actuar de obstétrico, pero incapaz de concebir por cuenta propia (es decir, sólo

capaz de interrogar, pero no de enseñar nada). Así, uno de sus interlocutores declara haber dicho más cosas de las que creía saber, reconociendo que Sócrates, con sus preguntas, le ha inspirado y comunicado nuevas ideas, pero sin haber dado apariencia de ello. Pero, por otra parte, Sócrates afirma seriamente que sus interlocutores han vuelto a encontrar por sí mismos, conocimientos que ya poseían sin saberlo: pues es una profunda convicción suya, que los conocimientos que nosotros hallamos, los hallamos justamente porque los poseíamos dentro de nosotros mismos. El alma, de origen y naturaleza divina, descubre en sí misma la sabiduría oculta que le viene de su naturaleza y propio origen: la mayéutica es posible y eficaz en cuanto las almas, a las que se aplica, ya están llenas y grávidas de un saber originario.

Sócrates: el que busca lo Universal

Sócrates no se ocupaba de la naturaleza, o sea de los problemas de la física, y trataba sólo las cosas morales, y en éstas buscaba lo universal (esto es: ¿Qué es la justicia en sí?, no para tal o cual persona, sino para todos) y tenía puesto su pensamiento, ante todo, en la definición (Aristot. Metaf., I, 6, 987). ¿Qué es la justicia, el valor, la santidad, el amor?, son los temas de Sócrates.

Aristóteles dirá que dos son las cosas que se pueden atribuir con todo derecho a Sócrates: los razonamientos inductivos y las definiciones de lo universal: y éstas se refieren, las dos, al principio de la ciencia (Metaf., XIII, 4, 1078).

En realidad deja Sócrates al hombre en las puertas de una sabiduría mayor: la intuición espiritual de las esencias. Él nunca termina de definir nada, sino que limpia el alma de toda idea errónea para acercarnos a una intuición fundamental, profunda.

Ciencia, para Sócrates, es siempre y únicamente ciencia de lo universal, permanente: de lo individual mudable, sólo se da opinión. Pero él, tratando de constituir una ciencia de conceptos, con su método prepara la doctrina de Platón: si, en efecto, sólo el conocimiento de los conceptos es verdadero conocimiento, será verdadera realidad, únicamente el objeto de estos conceptos, se decir, el mundo de las Ideas eternas.

Sócrates y su idea de la acción desinteresada

Si tú quisieses que un amigo tuyo se preocupara de tus cosas, ¿qué harías? —Yo me preocuparía primero de las de él... — ¿Y si quisieras obtener que te acogiera como huésped?... — Primero lo acogería yo a él... —Y tú, entonces... ponte a la obra de hacer más bueno a ese hombre... —Pero, ¿si yo hiciese eso y él no se transformara en más bueno? —Y ¿qué otro peligro co-

rres, sino el de demostrar que tú eres hombre de bien y amoroso hacia tu hermano, (Jenof. Memor.. II, 3).

El amor como fundamento de la acción, el amor como elevación espiritual

“De todas estas bellas y felices ciencias, yo nada sé, aunque quisiera saber; pero digo siempre, por expresarme así, que me encuentro en condición de no saber nada, fuera de una pequeña ciencia: la del amor. Pero en ésta puedo jactarme de ser más profundo que todos los hombres que me han precedido y los de nuestro tiempo” (Teages, 128).

Ahora sí nos encontramos en condiciones de terminar de dilucidar planamente qué era lo que Sócrates sí sabía.

Sócrates, el hombre que sabía demasiado:

“... me encuentro en condición de no saber nada, fuera de una pequeña ciencia: la del AMOR”

El amor lo elevó por sobre la muerte, a tomar la cicuta por amor a la Verdad

El amor lo elevó por sobre el miedo.

El amor lo impulsó a comprender la enseñanza como acto sagrado.

El amor lo llevó a ser un puente entre la Sabiduría Inmortal y las almas de los hombres sedientos de ella.

El amor lo llevó a consagrar su vida al servicio.

El amor lo llevó, en fin, a que hoy, nos siga conmoviendo con su guía y si estamos atentos podremos escuchar un susurro al oído que nos dice: hombre concóctete a ti mismo y ama.

*Por el Prof. Marcelo Barabino
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
